
PAIS VALENCIANO: SOCIOLOGIA DE LA SOCIOLOGIA

Josep Picó

análisis y debate



4

En el editorial del primer número de la revista *Debats* me atrevía a sugerir que el renacimiento cultural del País Valenciano tenía sus orígenes en los movimientos contestatarios del tardofranquismo; minorías caracterizadas más por la fuerza concienciadora y voluntarista de conocer la sociedad que por la posesión, entonces imposible, de una imagen clara del futuro. Una de estas minorías pensantes, quizá la más pequeña, era la de los llamados sociólogos, un pequeño grupo de *lletraferits* para los que, como para tantos otros, los años 80 han supuesto, entre otras cosas, una reconsideración de los esquemas teóricos y críticos propios de los 60 a la luz de realidades sociales entonces desconocidas o distorsionadas.

Es evidente que una breve reconsideración de este material ha de comenzar por Fuster, continuar con un comentario interpretativo de los trabajos más significativos publicados por la primera generación de sociólogos y acabar por unas

cuantas preguntas a la sociología que se acerva. El presente escrito quiere ser un pequeño ejercicio de sociología del conocimiento que estudia la conexión entre la actividad cognoscitiva y las circunstancias histórico-ambientales en que se desarrolla, aunque sólo sea por no caer en aquello de que quien ignora el contexto en que se desarrollan las ideas está condenado o malentenderlas.

Fuster: filosofía de la historia y aporía social

La obra de Fuster —no hablo de la producción literaria—, aunque se inscribe como una de las réplicas a los planteamientos de la historiografía nacionalista española, tiene para los valencianos una connotación histórica específica, sobre todo porque trata de fundamentar una *filosofía de la historia local* y se constituye como referencia interdisciplinaria de la aporía social valenciana contemporánea.

La filosofía de la historia tiene por finalidad comprender el uso de la historia en su conjunto; demostrar que, a pesar de las anomalías e inconsecuencias manifiestas que ésta presenta, la historia se puede contemplar como una unidad que encarna un plan general, el cual, si llegásemos a captarlo alguna vez, iluminaría el curso pormenorizado de los acontecimientos. No se trata, pues, de narrar los acontecimientos cronológicamente, sino de *dilucidar las características de toda una época o de todo un pueblo*.

Una historia de este tipo funda una conciencia política, una conciencia del hecho de que la acción, la evolución y el desarrollo sociales no son arbitrarios, y combate la concepción del pasado y del presente interpretados a la luz de simplificaciones conceptuales y generalizaciones abstractas e intemporales. En el caso del País Valenciano, Fuster dará *forma*, por primera vez, a una sociedad sin formación histórica y, por lo tanto, sin imagen propia.

Esta pretensión fusteriana tiene una finalidad *ontológica*, es decir, trata de descubrir en el porvenir histórico lo que es distintivo *del valenciano*, lo que estructuralmente somos, como elemento diferenciador de otros pueblos, y con ello suscita la aporía social sobre aquello que aún no sabemos que somos y que podríamos llegar a ser, con el deseo de que, con un esfuerzo de voluntad colectiva, podamos llegar a serlo. La ontología se presenta aquí, al menos, como la interpretación de nuestra condición colectiva, ya que el ser no existe fuera de su «suceder».

En palabras del autor mismo, se trata de analizar el caso valenciano en función de criterios y valores valencianos a fin de comprender las causas y los efectos de nuestro fracaso como pueblo, y esto responde a una necesidad de saber qué somos los valencianos y por qué somos como somos.

Valiéndose de la historia, la literatura, la geografía, el derecho, la demografía y la filología, es decir, de una multiplicidad de fuentes documentales —él mismo dirá que es un texto largamente soñado y producto de infinitas lecturas—, Fuster trata de aislar los condicionamientos estructurales del País y su dimensión histórica en un intento sin precedentes de comprender la genealogía de nuestra colectividad diferenciada —«de dissipar la nostra passivitat confusa, les causes i els efectes del seu fracàs, la nostra feblesa i el nostr marginalisme»—.

Este cariz filosófico de Fuster tiene poco que ver con las versiones hegelianas o spenglerianas de la historia, y si tuviésemos que buscarle un pariente lejano llegaríamos hasta Herder, a sus *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad* (1774), donde el mencionado romántico afirmaba aquello de que «toda nación tiene su propio principio o genio característico que se refleja en los fenómenos asociados a ella, en sus instituciones políticas, su código moral, su sistema jurídico, sus costumbres, aun en su ciencia y en su arte».

Fuster trata, pues, de encontrar el hilo conductor de la discontinuidad histórica de un pueblo que él piensa unitario, de una unidad diferenciada, de una historia frustrada en el tiempo y en el espacio. Bajo los episodios históricos trata de buscar las *uniformidades* que los presiden, las *fuerzas* que los impulsan y las *pautas repetitivas* que reúnen en un conjunto coherente hechos heterogéneos y dispersos. La ambición de todo aquel que piensa sobre la historia es entenderla como unidad.

Al insistir en la necesidad de presentar los hechos históricos como un todo coherente e inteligible, Fuster provocó una ruptura en la ideología burguesa local, que hacía residir su fuerza en una lectura *inconexa y fragmentaria* de la realidad, y de esta manera había tomado fuerza en la ideología popular privándola de un universo unitario y significativo. Una sociedad no existe si no tiene una representación de su unidad; así, pues, *unidad y especificidad* dan sentido a una «historia particular» que deslegitima la narración burguesa y, al mismo tiempo, establece las bases para una nueva legitimación historiográfica.

La lectura de Fuster no es una lectura de *clase*, pero sí que reside en ella una *dominación*, la nacional, que da pie a la aparición de la memoria colectiva. Hay aquí la idea de que bajo las diversas imágenes de la historia (espacio) y los diversos ritmos temporales que la caracterizan hay *un tiempo y un espacio unitarios*, idea que, referida a las clases, había desarrollado Bloch. Así, cada sociedad instituye un tipo específico de temporalidad y, como ha insistido recientemente Mira, tiene sus *momentos* de reconocimiento del sí y de los otros. Esta dimensión espacio-temporal de la historia de nuestra colectividad no había tenido nunca una lectura ontológica de este tipo.

Resumiendo, Fuster crea un nuevo *centro* de historia, alrededor del cual se desarrollará toda una literatura social. Se trata de un relato ilustrado, de modernidad, como se dice ahora, que considera la historia como un proceso objetivo en el que nos movemos, y la *historicidad* como un modo determinado de tomar conciencia de que formamos parte de ese proceso. En otras palabras diríamos que Fuster nos ofrece una lectura de *construcción* sin sujeto, de ahí que el paso siguiente fuese la polémica sobre el sujeto.

En este contexto intelectual se enmarcan dos procesos: a) el uno, *ideológico-científico*, y b) el otro *político*. El primero afectará a la «consciencia discursiva» y tendrá consecuencias vitales para el *status* de la investigación «científico-social» local, y el segundo a la «consciencia práctica» y afectará a la praxis de la articulación política. En el primero se embarcan las nuevas generaciones universitarias, y es por eso por lo que prácticamente casi todas las obras de ciencia social publicadas a partir de los años 60 hacen referencia a la aporía fusteriana y nacen de la inquietud y el interés por el *conocimiento y emancipación* de la realidad que nos rodea. Desde las diversas vertientes de la ciencia social comienza todo un abanico de producción científica que trata de desvelar la lectura trivializante de la

realidad valenciana que, ya lo hemos dicho, durante tantos años ha empapado a las clases populares.

El otro proceso es el político. El nacimiento de pequeños grupos de tendencia nacionalista y/o marxista que impulsan la descomposición del régimen, esperando que la muerte del dictador permita llevar a la praxis buena parte de sus proyectos ideológicos.

Una de las luchas posteriores más relevantes entre las fuerzas políticas, la de los *símbolos*, tendrá como telón de fondo precisamente este problema, es decir, el de la legitimación histórica. La derecha verá amenazado su *Volksgeist* tradicional, mientras la izquierda nacionalista verá frustrada su lectura y su proyecto históricos. Pero dejemos el análisis político para otra ocasión y limitémonos a la literatura sociológica.

Fuster representa, pues, la primera lectura omnicomprendiva que trata de deslegitimar la lectura ideológica de la derecha y hace destacar la debilidad de la realidad valenciana como hecho nacional alentando a las nuevas generaciones a emprender un esfuerzo de reconstrucción social propias: «aclarir l'entrellat històric i la seua influència per l'esdevenidor serà una tasca útil i terapèutica (...) una obra com aquesta no pot ser concebuda sinó des d'una decisió de futur».

Ahora bien, el análisis de Fuster tiene algunas debilidades, comprensibles en un estudio de estas características, debilidades que no radican tanto en su énfasis como el agrarismo del país, la vertebración política o el conflicto lingüístico, como algunos han subrayado, como, ateniéndonos a la vertiente filosófica, en su sobredosis de *necesidad histórica*, que él fundamenta en sólidas condiciones de posibilidad, pero que, a mi entender, tienen como tendón de Aquiles el interrogante sobre la composición y la fuerza de la estructura social.

Sobre este último punto se centraría una buena parte de los estudiosos sociales, y entre ellos, desde diferentes puntos de vista, los sociólogos, porque el conocimiento de la estructura social nos podrá permitir que sepamos no sólo buena parte de los condicionamientos ontológicos actuales y nuestro grado de diferenciación (personalidad) respecto de los otros, sino también nuestras posibilidades de futuro y, por lo tanto, su grado de *necesidad*, o, como dice el mismo Fuster, «la distància entre el que som i el que hauríem de ser», si es que podemos, añadido yo, porque quizá la debilidad no está en los *hombres*, como él afirmaba entonces, sino en la estructura que los sostiene.

Una lectura de los últimos acontecimientos políticos locales —victoria aplastante del PSOE, guerra de los símbolos, estatuto según el 143, etc.— nos podría dar mucha luz respecto a este dilema todavía pendiente para algunos. Abandonamos por ahora esta línea para centrarnos en la sociología.

La sociología valenciana

El único comentario de referencia que tenemos sobre las primeras tentativas de la sociología local lo debemos a R. Ll. Ninyoles. En dicho trabajo, Ninyoles describe unos cuantos rasgos que caracterizan a la sociología valenciana de la primera etapa; sociología emancipadora, ligada a la preocupación por encontrar nuevas orientaciones al proceso de recuperación nacional y por intentar posibles

salidas democráticas al régimen anterior, desarrollada en un ambiente de lucha por las libertades, etc. Escritos que tienen un interés por la estructura socio-histórica, de carácter teóricamente crítico, antiempiricista, producto de ejercicio artesanal, etc. El autor hace una descripción acertada de los aspectos objetivos de estos trabajos. Ahora bien, donde no estaría ya de acuerdo es en su *hermenéutica*, al clasificarlos como estudios macrosociológicos y microsociológicos, donde los primeros tienen una pretensión de perspectiva global de la estructura social, mientras los segundos se limitan a hacer estudios monográficos mucho más limitados para la comprensión de la dinámica social, ni participo tampoco en su postura cuando clasifica las investigaciones que propician nuestro conocimiento sobre la realidad valenciana dividiéndolas en cuatro posiciones diferenciadas desde el punto de vista espacial-nacional. Quizá ello es debido fundamentalmente al hecho de que empleamos influencias teóricas y metodológicas distintas.

A mi entender, la sociología valenciana, como la mayor parte de las aventuras intelectuales, fue una sociología-respuesta a la realidad política y social del momento (1960-1980), caracterizada por: a) los problemas y las contradicciones del tardocapitalismo que afectan a una sociedad en vías de industrialización y modernización; b) ahogada por los condicionamientos ideológicos de los últimos años de la dictadura, y c) que arrastraba un problema histórico de opresión cultural (nacional). En este contexto, la sociología, como otras ciencias sociales, se plantea el problema del conocimiento de la estructura social con la finalidad de desvelar la lectura burguesa de la realidad y, por tanto, de denunciar su legitimación. Para este primer grupo de sociólogos, la investigación entonces no era separable, como veremos después, de la finalidad práctica de contribuir a la formación de una conciencia crítica, nacionalista o marxista, o las dos a la vez, y quizá por eso sus primeros trabajos no son un cúmulo de estudios heterogéneos, exclusivamente empíricos o teóricos, macro o microsociológicos, sino que se puede encontrar en ellos un hilo conductor vinculado tanto al objeto que estudian como a la teleología que los inspira.

La poca o mucha sociología de este período es, por lo tanto, un ejercicio de razón ilustrada que trata de descifrar formas de opresión con la esperanza de desvelar las contradicciones que subyacen a la estructura social e iluminar el camino hacia el cambio. Habrá quien se aproximará a la estructura productiva, quien a la interacción comunicativa, quien empleará metodológicamente la economía política, quien el análisis del lenguaje, quien utilizará la técnica de la encuesta o el estudio del padrón, quien hará *content analysis*. En estos últimos puntos es donde a mí me parece que residen las diferencias entre los sociólogos de primera hora, es decir, en el nivel analítico a que se sitúan y en la metodología y las técnicas que emplean.

Si yo tuviese que establecer, pues, un denominador común a la sociología valenciana de primera hora, diría que su punto de mira ha sido *el análisis de la dominación* en tres niveles: socioeconómico, ideológico-comunicativo y político; pero en cada uno de estos niveles se han empleado metodologías distintas (dejemos las técnicas aparte), y si queremos hacer una sociología de la sociología habría que explicitar más que nada las influencias teóricas y las metodologías empleadas por cada cual, a fin de acertar en nuestra hermenéutica.

Un esquema visual de este análisis, muy vinculado a las últimas aportaciones de la teoría crítica habermasiana, y que nos podría servir de instrumento heurístico para aclarar el texto, se puede representar así:

	<i>Modalidades de reproducción social</i>	<i>Interés constitutivo del conocimiento</i>	<i>Tipo de ciencia</i>
1.º n.	Trabajo	Control técnico	Empírico-analítica
2.º n.	Interacción comunicativa	Control ideológico	Hermenéutica histórica y Análisis del lenguaje
3.º n.	Poder	Emancipación	Crítica

Dentro de este esquema, y en el primer nivel, situaría el estudio de las clases sociales de Picó y Mollà, que emplearon un tipo de ciencia empírico-analítica en su aproximación al mundo del trabajo, y de una manera directa o indirecta la técnica de la encuesta; en el segundo, los trabajos de Ninyoles, Aracil, Marqués, Reig-Picó y Salcedo, que estudian la interacción comunicativo-ideológica mediante el análisis del lenguaje y, de una u otra forma, emplean la técnica del *content analysis* y confluyen todos en el tercer nivel en una denuncia de la dominación y del poder desde una postura crítica.

Las clases sociales y la dominación socioeconómica

En este nivel se enmarcan los estudios sobre las clases sociales, fundamentalmente el trabajo de Mollà y los míos sobre el empresariado y el movimiento obrero, dos metodologías distintas de aproximación a las clases.

En el caso de Mollà, el estudio trata de plasmar cuáles son los rasgos de la formación social y de la estructura productiva valenciana en el ámbito del capitalismo español, o, lo que es lo mismo, qué *forma estructural* toma el capitalismo entre nosotros. Su inspiración en el libro de Fernández de Castro y las continuas referencias a los renovadores del marxismo francés, así como las categorías que emplea, lo sitúan dentro de la vertiente *estructuralista*.

La visión estructuralista pone el énfasis en la dinámica inherente e imperativa de la formación social. Las relaciones de clase y la dominación se reproducen mediante las relaciones estructurales. Así pues, las clases mantienen posiciones objetivas en la división social del trabajo, coinciden en sus prácticas de clase y están determinadas estructuralmente. En este caso, el materialismo atribuye al desarrollo histórico un carácter de *necesidad*.

La crítica al estructuralismo se basará en su sobrecarga ideológica y en la visión irremediablemente historicista que no puede evitar. Desde el punto de vista analítico, descuida tanto la práctica de clase como la contemplación de las clases medias, literatura que en el campo marxista se remontaba ya a la socialdemocracia germánica de finales del XIX, y que buena parte de los sociólogos marxistas habían asumido tras la segunda guerra mundial. A finales del siglo XX ya no se puede hablar de clases residuales. En nuestro caso, ni las formaciones políticas posfranquistas ni la formación y la praxis de los sindicatos mismos respondieron, poco después, a este tipo de análisis.

Mi estudio sobre las clases sociales considera a los dos sujetos por separado (empresariado-movimiento obrero), y se acerca así a la metodología *instrumentalista*. En el caso del empresariado se trataba de ver el paralelismo estructural en-

tre la situación empresarial valenciana del XIX y la del XX, es decir, un estudio sobre el cambio social; pero se contemplaba parcialmente como un sector de la estructura burguesa local.

El trabajo estaba influenciado por la literatura italiana del género en su vertiente analítico-descriptiva, y hacía incursiones en la genealogía histórica, apartándose así de otras metodologías y rechazando el modelo neoliberal schumpeteriano.

El instrumentalismo inspirador en la frase de Marx de que «el gobierno del Estado moderno no es más que el consejo de administración de los negocios comunes de toda la burguesía», sostiene que el poder del Estado es monopolizado por los componentes de la clase beneficiaria y por eso su investigación trata de estudiar la composición de clase, de la clase dirigente, que es la que instrumentaliza sus intereses propios. La crítica que le hacen los estructuralistas es que la participación directa de los miembros de la clase dirigente en el poder no es la causa sino el efecto de la relajación objetiva entre las clases, por eso ellos no entran a considerar la composición de los grupos de la clase dominante o dominada, porque consideran su actuación determinada por la estructura. Por tanto, estructuralismo e instrumentalismo son dos metodologías distintas de aproximación al mismo fenómeno.

De todas maneras, el estudio de las clases visto desde el empresariado tiene también sus propias deficiencias; está falto de una clara referencia a la burguesía vinculada al capital financiero autóctono y foráneo, y no considera la pequeña burguesía comercial ni la agraria.

En el caso de los estudios sobre el movimiento obrero —la otra vertiente de las clases— se partía de una colaboración de militancia con algunos exponentes significativos de Comisiones Obreras, y ello tenía también influyentes connotaciones de la experiencia italiana. Panzieri, en la constitución de los *Quaderni Rossi 1950*, había propuesto la investigación juntamente con el sindicato. Se trataba, pues —mediante la técnica oral—, de recuperar la memoria colectiva, de desvelar los instrumentos de lucha social y de aclarar las estrategias (la praxis de clase). La originalidad de este trabajo consiste en la mezcla que en él hay de actividad de investigación y de actividad sindical de transformación. Lo que los miembros fundadores de los *Quaderni* habían llamado *co-investigación*. Es decir, que las clases no se podían definir sólo por su posición en la estructura social, sino también por las formas de lucha. Resumiendo muy esquemáticamente, podríamos decir que para el estructuralismo el *sujeto* en la formación capitalista no se ha de buscar, nos viene dado, mientras que para el instrumentalismo no sólo hay que identificarlo sino también conocer sus prácticas.

Vistas las clases desde ambos protagonistas, parecía que con la metodología instrumentalista se podría acceder mejor que desde el estructuralismo al conocimiento de la dinámica del eje que vertebra la sociedad, las clases. A mi entender, empero, incluso aceptando como válido este paradigma, las dos aproximaciones metodológicas, independientemente de sus limitaciones como trabajos artesanales, adolecen de una carencia de fondo que las invalida en buena parte, ya que ni una ni otra considera, aunque sea por motivos justificados, la variable más importante para el estudio y la integración actual de las clases: el Estado. Este, tanto si se emplea una metodología como si se emplea la otra, queda definido hoy en día por su función general como factor de cohesión o unidad en una estructura

social dividida en clases, y refleja y condensa todas las contradicciones propias de nuestra sociedad actual. No quiero decir con ello que en los estudios mencionados no se tuviera en cuenta o no se hiciera referencia al Estado, sino que no se trató analíticamente, y entonces el estudio de las clases tiene un techo muy limitado, porque se contemplan fuera de su núcleo reproductor, que es el aparato estatal.

Dejemos aparte la justificación de estas deficiencias, muy condicionadas por la situación política y académica de los años 70, en que difícilmente se podía recurrir a materiales que permitiesen esquemas de interpretación más amplios; falta de medios para investigar, deficiencias notables en la bibliografía accesible, etc.; pero sí que hay que ponerlas de relieve para quien quiera emprender futuros trabajos.

Estos estudios, con sus virtudes y sus limitaciones, se enmarcan, pues, en el intento de captar la estructura de dominación productiva valenciana y, por lo tanto, están enfocados al mundo del trabajo, emplean una metodología empírico-analítica con orientación marxista y tratan de desvelar el control basado en la técnica aplicada al sistema de producción.

El lenguaje y la dominación ideológica

En este nivel se enmarcan los estudios dirigidos fundamentalmente a la interacción comunicativa y, por lo tanto, al análisis del aparato ideológico. Están claramente ubicados dentro del campo de la sociología del conocimiento y podemos situar entre ellos los trabajos de Ninyoles, Aracil, Marqués, Reig-Picó y Salvedo; en los tres primeros casos hay una clara dedicación al análisis ideológico del lenguaje; en el nuestro, a la ideología moral-religiosa, y, en el último, al lenguaje de la comunicación cultural y socializadora, todos ellos con una clara referencia al poder.

El estudio de la ideología se interesa fundamentalmente por el lenguaje porque es dentro de éste donde el *significado* se moviliza en defensa de la dominación; su principal *locus* es el lenguaje de la vida cotidiana. Recientemente, Bourdieu ha estudiado las condiciones políticas y sociales de la formación y uso del lenguaje y también el *interaccionismo* sociológico que contiene los rasgos de la estructura social que ayuda a reproducir. Ayer como hoy, las prácticas simbólicas ejercen su propio tipo de violencia, «una forma de violencia invisible» que trata de ocultar los mecanismos que la sustentan. Ello nos lleva a conocer las formas en que las relaciones de comunicación se implican con las del poder.

En este ámbito de análisis deben situarse, a mi entender, las aportaciones de Ninyoles y Aracil. La lingüística había estado preocupada sobre todo por la estructura interna de la lengua, que no era tratada como un objeto autónomo y homogéneo de aprehensión social; era el caso de algunos grandes lingüistas como Saussure. Este autor separaba el lenguaje de sus condiciones sociales de producción, utilización y reproducción, descuidando así las condiciones sociales y políticas en que éste se legitima.

Ninyoles y Aracil —como había hecho en Francia Brunot en su monumental estudio sobre la historia de la lengua francesa— rompen esta «amnesia de la génesis» y reconstruyen el proceso histórico del bilingüismo. Si Brunot demostraba

que hasta la Revolución francesa el proceso de unificación lingüística estuvo vinculado a la construcción del Estado monárquico, Ninyoles nos explica cómo el Estado monárquico español rompe nuestra unidad lingüística iniciando así un largo proceso de dominación, y analiza minuciosamente el fenómeno social del bilingüismo y la diglosia.

Ahora bien, mientras el autor francés responsabiliza a la unificación del mercado de trabajo como instrumento integrador del conflicto lingüístico (economía política), Ninyoles postula un examen de los factores económicos, sociales e ideológicos de la situación, para lo cual es necesario localizar las *situaciones de status* y analizar los *mecanismos de sustitución*. Hay, por tanto, en este último una mayor inflexión metodológica en la importancia de los grupos de referencia y en la vertiente psico-social del problema. El recurso a la sociología crítica de Mills y al conflicto y el cambio vistos desde las posiciones de *status* (Dahrendorf) hace que Ninyoles se aleje de los postulados que habían imperado en el análisis marxista e introduce elementos fundamentales de la sociología comprensiva alemana.

Por su parte, Aracil, que disiente de la aproximación sociolingüística de su colega, al analizar el teatro de Escalante incide en el papel que representó el idioma como *signo de clase* y como símbolo de subordinación cultural en el período clave de la Restauración, cuando los moldes todavía estamentales de la sociedad del *ancien régime* fueron sustituidos por los marcos informales de la sociedad «abierta» o clasista. El autor observa los procesos sociolingüísticos de una manera dialéctica, subrayando las funciones lingüísticas de la sociedad.

El análisis de la dominación ideológica a través del lenguaje tiene aquí una componente fundamentalmente espacio-nacional, que adquiere una relevancia especial. Tratada, como hacen los dos, desde el punto de vista histórico, es obvio que la génesis no haga referencia a la clase y sí al *status*, ya que el fenómeno comienza en la sociedad estamental.

En Marqués, el estudio de la ideología es en cierta medida un estudio del *lenguaje social*, un medio a través del cual la «narración» es producida y reproducida. El autor no se muestra preocupado por las bases sociales de la ideología ni por poner en evidencia su función social. Así pues, si tuviésemos que buscar un referente general a este ensayo pre-científico, como le llama él con bastante razón, no iríamos a Lukács, que estudia la correspondencia entre ideología y clase, ni a Mannheim, que subraya los aspectos teóricos y metodológicos del conocimiento, sino al *Novum Organum*.

En efecto, la teoría baconiana de los *idola* (1620) —concepciones falsas o torcidas de la realidad— dirige su atención hacia el origen social del error, y anticipa así un tema central en la sociología del conocimiento: la ideología. Se trata de desvelar la distorsión del lenguaje a fin de comprender la doble imagen, el estrabismo de la sociedad. El ofuscamiento de la razón por los *idola theatri* deriva del hecho de que las representaciones y las opiniones que todos heredamos tienen por sí mismas un cierto carácter de autoridad, de la que el pensamiento humano sólo puede sustraerse si recurre a su capacidad crítica. Así lo confiesa también el autor de las «notas sobre la ideología valenciana», donde trata de desvelar, en palabras suyas, la presencia de visiones distorsionadas de nuestra realidad: «El País Valencià se'ns presenta com un conjunt d'imatges, mites, idees i activitats que orienten la nostra vida diària». Es decir, que la vida cotidiana está colonizada por signos que son presentados y repetidos como «les coses com són» con un impenetrable «sentit comú» que nunca se pone en duda.

En este ensayo, los elementos lingüísticos se emplean no como objeto de análisis sino como soporte de un análisis de ideologías, señalando, a título de sugerencia, los diversos niveles en que se mueve la ideología, su función y su capacidad de desdoblamiento. No es que con ello el autor se olvide de la óptica de clase como un factor causante de la distorsión, sino que el énfasis está más en las *formas* de la distorsión que en la *estructura* que las condiciona, y por eso es por lo que el librito tiene un cierto sabor baconiano.

En este sentido el análisis del lenguaje de la vida cotidiana se propone poner a prueba la estructura de las representaciones más que la de las acciones de los mecanismos más pequeños e íntimos que regulan las relaciones sociales. Su finalidad principal es reflexionar sobre la construcción de los significados que regulan la acción colectiva, desenmascarando el entramado ideológico construido colectivamente por todo aquello que se da por supuesto, por lo que parece indiscutible, más allá de toda duda.

La crítica del lenguaje como instrumento crucial del pensamiento ya había tenido una buena presencia en el debate cultural vienés, pero su expansión hay que situarla después de la segunda guerra mundial, no sólo en los países que habían sufrido regímenes fascistas, donde se ha examinado exhaustivamente su función social, sino fuera de ellos, como han sido los casos más recientes de Lefort y Castoriadis, quienes, desde otras vertientes, han estudiado la dimensión simbólica del mundo social mediante la cual los seres humanos crean sus formas de representación colectiva.

Por otro lado, el estudio Iglesia-sociedad de Reig-Picó es una crítica de las estructuras eclesíásticas y de la ideología religiosa, asociado a la protesta política contra el sistema. El cristianismo tradicional, unido estrechamente a la cultura clerical y vinculado íntimamente al sistema de poder político-económico, es analizado aquí en relación con las *funciones ideológicas* que ejerce en el sistema de poder. Es una crítica de la religión como ideología, en tanto que sistema de representaciones de fe que obstaculiza el proceso de la razón. El cristianismo establecido ha cumplido una función importante en la legitimación y estabilización del sistema existente.

Metodológicamente, el libro no trata de analizar la relación del hombre con lo sagrado con una aproximación psicosocial al estilo de la sociología comprensiva, ni siquiera lo entiende como un fenómeno social universal vinculado sociológicamente a la estructura social como lo hace la tradición estructural-funcional, sino que más bien se aproxima a la *teoría del empeño del clero*, de Holbach, que tiene como uno de sus principales componentes la crítica de la ideología dirigida contra el *ancien régime*. Holbach trata la religión como el poder integrador de la sociedad que anula el poder emancipador social de la burguesía. Pues bien, en este libro la ideología religiosa sirve en buena medida como justificación de las relaciones de poder establecidas, y actúa como espejo deformador y elemento taponador no de la emancipación de la burguesía sino, en este caso, de la clase trabajadora.

La crítica de la religión como crítica de una ideología pone de relieve, durante todo el período de la dictadura, las relaciones vinculantes del aparato eclesial con el sistema de poder político y social de la realidad valenciana, y su configuración subordinada en el marco del Estado español, subordinación que se extiende a las fuerzas económicas, políticas y culturales.

Por último, el trabajo de Salcedo trata de esclarecer la formas y el grado de permeabilidad o de rechazo de la juventud a ser integrados en la ideología oficial. Rechazando la línea socio-estadística de análisis, el autor emplea metodológicamente la empatía socio-cultural para estudiar las características de los grupos juveniles en su resistencia o adscripción a la socialización que imponen las estructuras formales de la sociedad.

Se trata de conocer las actitudes de los jóvenes respecto a los modelos cultural legalizados y su resistencia a las expectativas institucionales. Aporta así un análisis de los comportamientos juveniles en relación con un conjunto de convicciones morales, costumbres, ideas y valores que constituyen el techo cultural de una sociedad, y representan el cuadro de referencia que guía a todo individuo al resolver sus propios problemas de adaptación e integración. Tiene, por tanto, una cierta vertiente antropológica durkheimiana, la cual mezcla con las aportaciones más recientes de la *youth culture* sajona iniciada por Abrams en Inglaterra y sistematizada más tarde en los Estados Unidos por Eisenstadt.

Salcedo, muy sensible a los aspectos culturales de los cambios generacionales, ha seguido siempre de cerca la sociología de los *teenagers*, el nacimiento de la cultura juvenil, los movimientos estudiantiles y las protestas contraculturales desde Berkeley hasta ahora; todo ello lo hace especialmente apto para estudiar y captar las repercusiones que estas llamadas subculturas han tenido en la realidad valenciana. Buena parte de estos movimientos son intentos de resolver colectivamente los problemas que se derivan de las contradicciones de la estructura social, formas de resistencia a la ideología oficial dominante que, en estos últimos años, han tenido una gran expansión y repercusión.

De todos estos autores, los sociolingüistas son los que presentan una mayor continuidad en su trabajo; ningún otro ha continuado en el terreno de la sociología del conocimiento ni en el análisis social del lenguaje aplicado a nuestra sociedad, al cual tampoco se han incorporado estudiosos desde el campo de la filología valenciana.

Para finalizar, habrá que decir que en todas estas aproximaciones hay un tratamiento más o menos directo de la ideología, y se hace empleando un análisis del lenguaje. Estudiar la ideología es en buena medida estudiar las ideas que han distorsionado la realidad en favor del sistema de dominación, ideas que han penetrado profundamente en el discurso popular. Supone, por tanto, una crítica del universo simbólico de la realidad tal como estaba construida históricamente, una lectura de destrucción (*critica destruens*) para posibilitar otra construcción de esta misma realidad.

La sociología valenciana, sin embargo, no se agota con este puñado de autores; habría que meter aquí otras aportaciones significativas como la de Aguiló, Enric Sebastià, R. Reig, J. Sorribes y muchos de los trabajos de geografía, economía, antropología o historia que han cultivado la interdisciplinariedad. Aguiló, por ejemplo, nos proporciona un tratamiento detallado de los avatares electorales de los partidos políticos en un momento decisivo de su conformación histórica; Sebastià hace un repaso de la imagen de la burguesía y el proletariado valencianos en las novelas de Blasco Ibáñez; Reig se centra en un momento decisivo de la formación histórica de la clase obrera, etc. Pero un análisis más ambicioso de toda esta literatura supondría abarcar la casi totalidad de la producción social interdisciplinar, lo que no es la pretensión de este escrito.

La ciencia social y el poder

En estos últimos años se han hecho gran cantidad de estudios desde casi todas las vertientes de las ciencias sociales. La historia ha tenido un tratamiento más prolífico y sistemático, y se han cubierto las grandes líneas que van desde el *ancien régime* hasta la guerra civil. La geografía en su vertiente demográfica, y la economía en sus aspectos comerciales y estructurales, han suministrado una imagen bastante clara del desarrollo y constitución de lo que hoy llamamos País Valenciano.

De todas maneras, y mediante estas aportaciones, se ha llegado a tener una cierta imagen de la composición del poder local; lo que ya no tenemos tan claro son las vinculaciones de este poder local con el aparato del Estado central, que es hoy en día el gran protagonista del poder.

Una referencia histórica de síntesis a la composición del poder local tendría que plantearse el estudio de la formación del capitalismo en el País a la luz del Estado español y sus principales *momentos acumuladores*, es decir, los momentos de nacimiento y de consolidación de la burguesía valenciana y sus lazos políticos y económicos —si es que los hubo— con el poder del Estado moderno.

No se ha hecho tampoco un estudio histórico de los medios de comunicación, fundamentalmente la Prensa, que sirva para informarnos de la estructura ideológica y su impacto en la población valenciana a lo largo de todos estos años. Pensemos cuánta luz daría un *content analysis* sobre *Las Provincias* y *El Mercantil*, o los diarios de Alicante. Y todo ello contribuiría a resolver unos cuantos interrogantes ontológicos de los que ha planteado Fuster, y sobre todo nos aclararía bastante las condiciones de posibilidad del futuro.

Si nos referimos a la actualidad, los economistas han estudiado bastante el cambio y las expectativas de la estructura productiva, y los sociólogos hemos ayudado —por todo cuanto hemos dicho hasta aquí— a desvelar algunos aspectos de las relaciones sociales que van aparejadas a esta estructura. Sin embargo, falta aún mucho material básico para tener una imagen más precisa de nuestra configuración actual.

Por otra parte, los últimos cambios que se han producido en el desarrollo del capitalismo tardío a nivel mundial han configurado una nueva correlación de fuerzas en la división internacional del trabajo y del poder; la incorporación de España a Europa y el papel que ésta quiere jugar en la división de los bloques, y sobre todo los cambios políticos que se han producido en el interior del País Valenciano, nos fuerzan a cambiar algunas de nuestras herramientas teóricas y metodológicas tradicionales.

Pensemos, por ejemplo, que la división tradicional de la estructura económica por sectores productivos ha quedado obsoleta, se ha roto el marco estatal del mercado y se configura un nuevo universo caracterizado por los *sectores oligopolístico, competitivo y público*.

Dentro de esta clasificación, la estructura productiva del País Valenciano se situaría más bien en el sector competitivo, caracterizado por una red de pequeñas y medianas empresas con bajo nivel de mecanización y profesionalización, que no son *price-makers* y, por lo tanto, están sometidas a diversos grados de depen-

dencia, bien al capital financiero, local o foráneo, bien a la política administrativa del Estado.

Ahora bien, la incorporación a Europa podría posibilitar que la importancia exportadora del País pudiese dar pie a un mayor peso específico del poder local en la administración estatal. Todo dependerá de la potencia de nuestra estructura productiva, y del papel que le hagan jugar los políticos locales. Cuando hablo de estructura productiva no quiero referirme sólo a la producción de bienes materiales y a su penetración en los mercados internacionales, sino también a la producción cultural, sobre todo en la vertiente creativa, que debería cultivar tanto los aspectos particulares como los temas universales.

¿Dependerá de eso superar el sucursalismo histórico que tanto preocupa a algunos? ¿Están ahí sus causas, o están ya jugadas las cartas de la historia y es inútil toda posibilidad de construcción de un poder local que haga sentir su presencia en el Estado?

La respuesta a estas preguntas es un reto a la ciencia social local y podría ser muy iluminadora no sólo de la configuración política del País Valenciano como resultado de un proceso histórico, sino también para el conocimiento de sus condiciones de posibilidad y expectativas de futuro.

La sociología de los 80

Superada la crisis del cambio político, del régimen dictatorial a la democracia, pero manteniéndose las coordenadas del tardocapitalismo gestadas en la actualidad por el partido socialista, una segunda generación de sociólogos se ha incorporado al estudio del País Valenciano, donde ha cambiado fundamentalmente el marco político distorsionador de los últimos años del franquismo.

Convertida la sociología académica en un *cul de sac* de difícil salida, buena parte de estos estudiosos han aprovechado las plataformas institucionales que ha proporcionado el nuevo poder local —Generalitat, Ayuntamientos, etc.— para encontrar una salida a sus inquietudes investigadoras. Algunos, como Sanchís, están profundizando en las últimas transformaciones de la estructura productiva y laboral; otros, como Tortosa, han teorizado sobre las distintas alternativas de aproximación metodológica para estudiar las potencialidades de los diversos aspectos que componen nuestra estructura social. Un grupo —López, Xambó, Sanchís— ha centrado su trabajo sobre la juventud, un eslabón débil del sistema, donde se manifiestan más intensamente sus contradicciones: paro, mercado de trabajo, sexo, fracaso escolar, etc. Otros trabajos, aún en germen, están convergiendo sobre diversas formas de la dominación y sus consecuencias, como la condición de la mujer, los sindicatos de *white collar*, la marginación, etc.

A la iniciativa individual se ha añadido la iniciativa institucional, y algunos departamentos administrativos de la Generalitat se han volcado a fomentar estudios, encuentros y congresos en una carrera desahogada hacia la *modernización*. No es un fenómeno nuevo; en el Congreso del SPD alemán primero, y después en las elecciones al parlamento inglés en 1964, los hermanos socialistas europeos ya lanzaron sus programas subrayando los aspectos programáticos de la modernización y relegando a segundo término las alusiones a la *clase*.

Por otra parte, la sociedad valenciana va girando cada vez más hacia una composición productiva muy integrada en las sociedades avanzadas, caracterizadas por: a) un aumento considerable del terciario; b) la expansión de tecnologías intermedias vinculadas al comercio exterior que depende del mercado internacional; c) la desaparición de la mano de obra agrícola; d) la aparición de un sector público cada vez más desarrollado (funcionariado local), y e) disminución de la población activa, etc. A ello se añade el cambio de los medios de comunicación social, que tanto influyen en la interacción comunicativa y el tipo de cultura e ideologización popular. Todo esto nos lleva a hacer un esfuerzo renovador de las categorías analíticas que nos permitan captar mejor el cambio y transformación de nuestra sociedad actual.

Sin embargo, grandes espacios del conocimiento social han quedado siempre aparcados o escasamente conocidos. La sociología urbana, de los medios de comunicación social o de la familia, permanecen totalmente inéditos; otros, como la sociología política o la de las profesiones, apenas se han examinado. Esta dispersión y esta debilidad actuales tienen mucho que ver con la falta de una vertebración académica de la disciplina, lo que impide un aprendizaje sistemático y, por tanto, una orientación profesional. La sociología, empero, como muchas otras disciplinas de ciencias sociales en la universidad valenciana, ha sufrido durante muchos años del síndrome colonizador foráneo y probablemente todavía se tardará unos cuantos años más en que se deje sentir en ella de manera positiva la autonomía universitaria.

Habrà que decir, no obstante, que si alguna cosa ha cambiado desde la instauración de la democracia son las condiciones de posibilidad de hacer cultura, y entre ellas las de cultivar las ciencias sociales, aunque también es verdad que estas últimas han contribuido al cambio en gran manera.

Quizá por eso, y ahora que tanto se habla de modernización, será bueno subrayar que la acción tiene siempre una relación con el saber, y que escribir libros, como se ha hecho y se está haciendo en estos últimos años, es un tipo especial de acción que busca a tientas realizar el proyecto de clarificar el mundo que nos rodea. Así pues, y volviendo al principio de este escrito, habrá que decir que las «historias» que un puñado de estudiosos han reunido en estos veinte últimos años no sólo forman parte del mundo social al que pertenecen, sino, lo que es más importante, ayudan a producir el mundo que describen. El *cambio* que desde la década de los 60 se ha producido a nuestro alrededor no ha sido ajeno al ejercicio de la pluma, y bueno será, si queremos profundizar en él, cultivarla.

BREVE REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

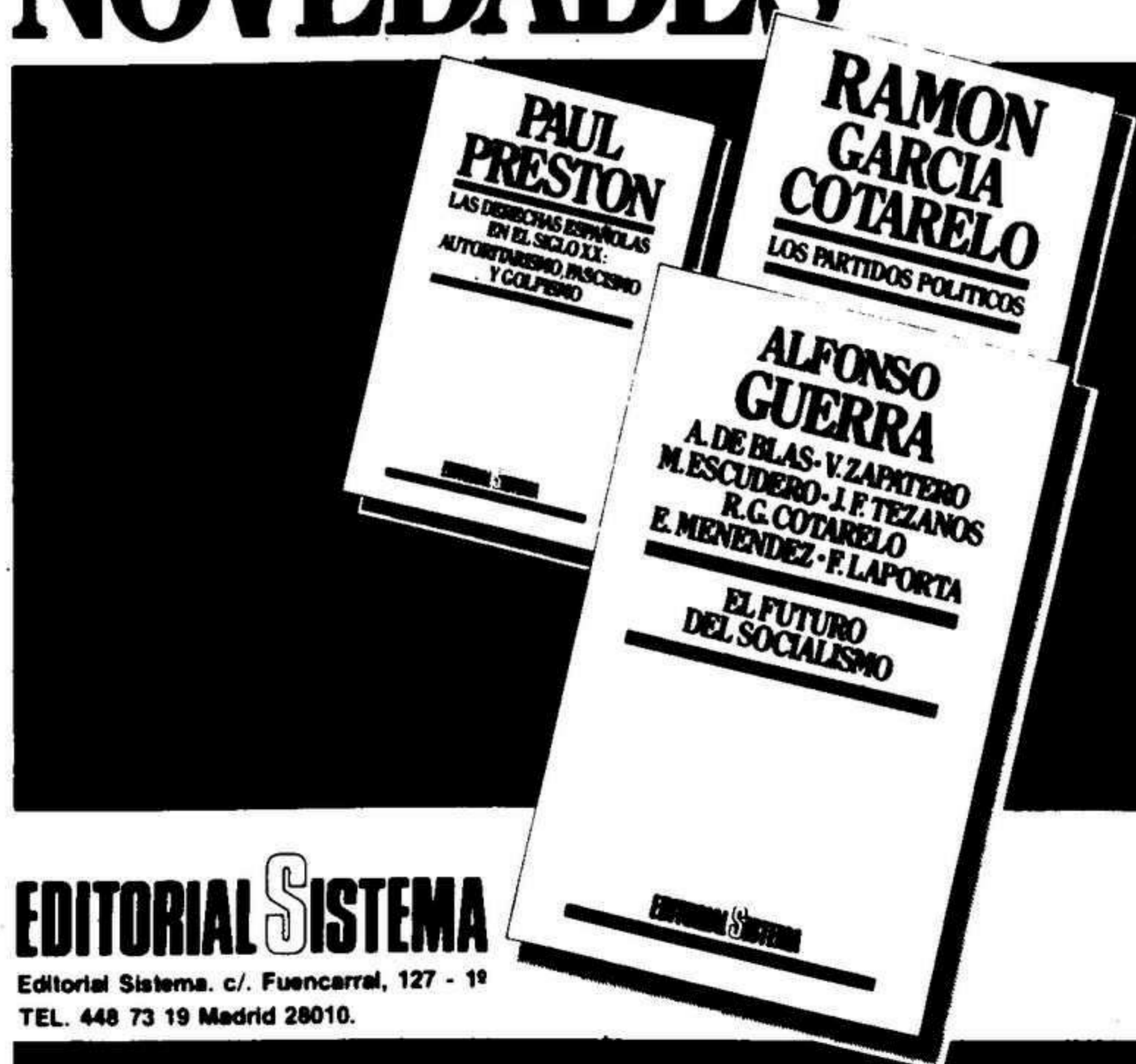
- Aguiló, L.: *Sociología electoral valenciana (1903-1923)*. Facultad de Derecho. Valencia. 1976.
Aracil, Ll.: *El teatre d'Escalante. Introducció*. Col.lecció Garbí. N.º 7. Valencia. 1968.
Aracil, Ll.: *Papers de sociolingüística*. Ed. de la Magrana. Barcelona. 1982.
Fuster, J.: *Nosaltres els valencians*. Edic. 62. Barcelona. 1964. 2.ª ed.
López, A.; Marqués, J., y Martínez, A.: *El fracaso escolar*. Inst. Alfons el Magnànim. Valencia. 1985.
Marqués, J. V.: *País perplex. Tres i Quatre*. Valencia. 1974.
Mira, J. F.: *Crítica de la nació pura*. Tres i Quatre. Valencia. 1985.
Mollà, D.: *El País Valencià com a formació social*. Prometeo. Valencia. 1979.
Mollà, D.: *Estructura y dinámica de la población en el País Valencià*. Fernando Torres. Valencia. 1979.

- Ninyoles, R. Ll.: *Conflicte lingüístic valencià*. Edic. 62. Barcelona. 1969.
 Ninyoles, R. Ll.: *Idioma y poder social*. Tecnos. Madrid. 1972.
 Ninyoles, R. Ll. (ed.): *Estructura social del País Valencià*. Diputació de València. 1982.
 Peris, V., y Sorolla, G.: «El País Valenciano. Problemas de la revolución socialista». *Horizonte Español*. Ruedo Ibérico. París. 1972.
 Picó, J.: *Empresario e industrialización: el caso valenciano*. Tecnos. Madrid. 1976.
 Picó, J.: *El moviment obrer al País Valencià sota el franquisme*. Tres i Quatre. Valencia. 1978.
 Reig, R., y Picó, J.: *Feixistes, rojos i capellans*. Ed. Moll. Mallorca. 1979.
 Salcedo, S.: *Integrats, rebels i marginats*. L'Estel. Valencia. 1974.
 Sanchis, E.: *El trabajo a domicilio en el País Valenciano*. Ministerio de Cultura. Madrid. 1984.
 Tortosa, J. M.: *Futuros para el País Valenciano*. Institució Alfons el Magnànim. Valencia. 1983.
 Tortosa, J. M.: *El mal desarrollo valenciano*. Universidad de Alicante. 1986.

SISTEMA

COLECCION DE CIENCIAS SOCIALES

NOVEDADES



EDITORIAL SISTEMA

Editorial Sistema. c/. Fuencarral, 127 - 19
 TEL. 448 73 19 Madrid 28010.